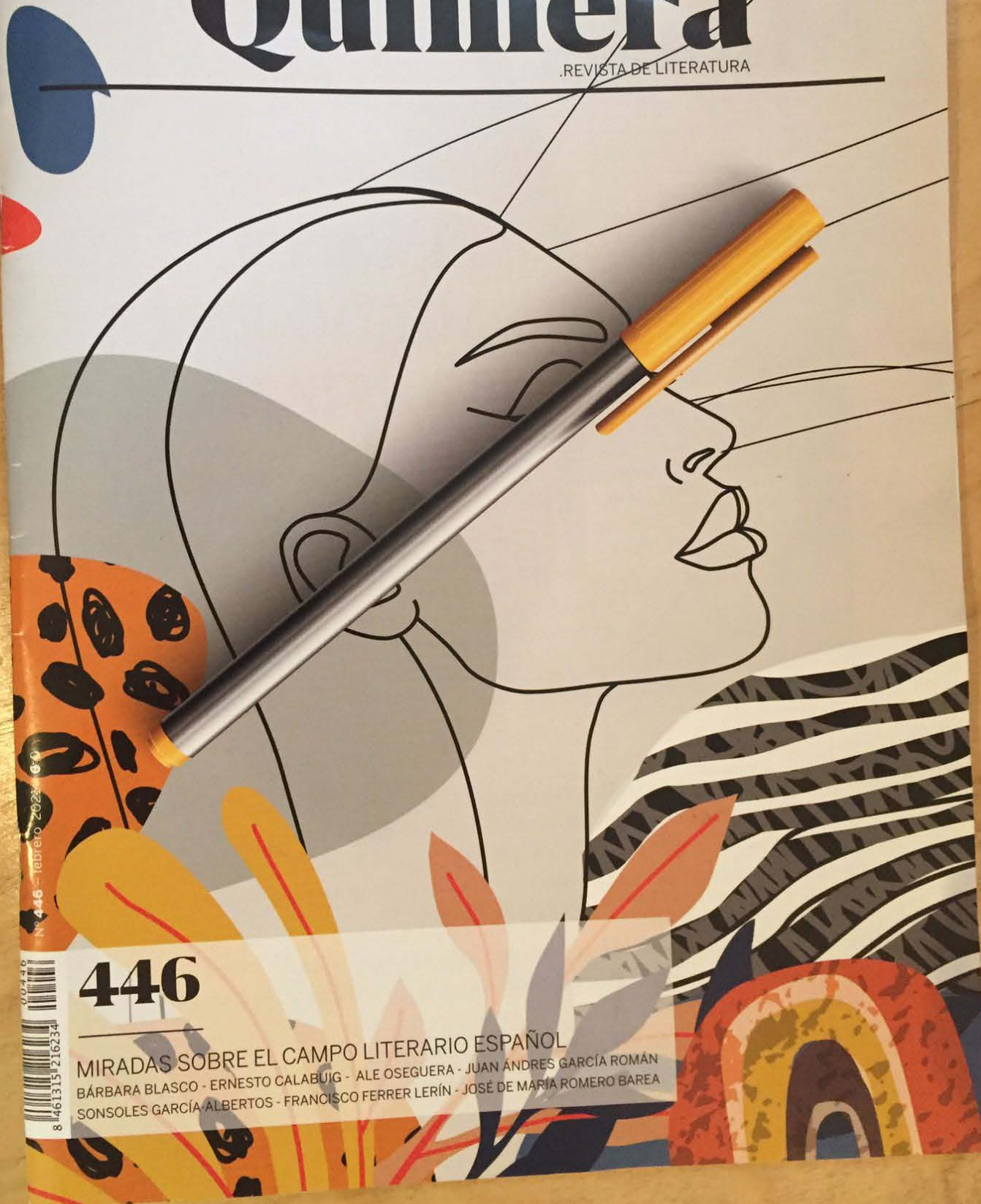


Quimera

.REVISTA DE LITERATURA



Nº 446 - febrero 2024 - € 6,00



446

MIRADAS SOBRE EL CAMPO LITERARIO ESPAÑOL
BÁRBARA BLASCO - ERNESTO CALABUIG - ALE OSEGUERA - JUAN ÁNDRES GARCÍA ROMÁN
SONSOLES GARCÍA ALBERTOS - FRANCISCO FERRER LERÍN - JOSÉ DE MARÍA ROMERO BAREA

La silva

Teresa Soto

INCORPORE: BARCELONA, 2020

111 PÁGS.

La llegada de lo bueno

Por Pilar Martín Gila

La silva es el título del último poemario de Teresa Soto, que ha llegado a mis manos en una bonita edición de Incorpore. El libro está dividido en cuatro partes a las que se suma una coda, «El ciervo de oro y la araña», elemento de final este que podría quizá leerse como una poesía extendida, más allá de la página en que se espera que quede abarcado (escuchado, leído, visto) el poema. Y es esta escucha, lectura, mirada, una de las demandas que nos hace el libro desde su parte I, «Yo invento». Abre el poemario así, descubriendo el mundo, dándolo en los sentidos, alcanzando las cosas con esa *punta de lanza* que es la vista, aguardando en la lengua a que se dé el encuentro con lo real. Así estamos, como viera G. Sholem, dentro, en el interior de la lengua, igual que ciegos que caminan sobre el abismo. Pero ante nuestra ceguera, nombrar será ver, la mirada está ahí para alcanzar lo que tiene que designarse. «¿Qué / es / lo / que / veo veo? // ¿Te lo digo? / No.» Como vio Hofmannsthal, si el ser espiritual de las cosas es su lenguaje, en esta parte I quizá no debamos hacer una lectura desde la metáfora, sino que, inmersos en la selva de signos, podemos asumir la aparición de la palabra como creadora y coincidente con la realidad que designa.

Resuenan en este libro, peculiar y único, como toda buena poesía, multitud de voces que dialogan entre lo dicho, lo construido aquí, por primera vez, y aquellos ecos que llegan de otro tiempo y que obligan al lector a recolocar el curso de la lectura. Aristóteles, Marina Tsvietáieva, Clarice Lispector, o también, La celestina,

jarchas... van trazando casi una forma de contar o el aire de quien se propone contar algo, engarzar más allá de una visión pero con una verdad inmanente. Y podríamos decir que, en el mismo plano, aunque en ocasiones cargadas de doble intención, aparecen fugaces miradas a otro momento de la lengua, el gesto antiguo (ya en el título), que se da sin ignorar y a la vez sin servir a un sentido esencialista, y que va levantando el bosque de signos en el que discurre este poemario. «Os prometo que allí no me callo. / Os dejo mi silla y mi mesa. / Tomadlas y de esto no hagáis arengas.»

Este aire aparece en distintos momentos del libro, por ejemplo, es así como se abre la parte titulada «Amor escribe»: «Reunida en ninguna casa, / de los amantes traigo memoria. / Aquel: un dolor. / Aqueste: una gloria». Un aire o un sonido como de «un cacharro lleno de miel», dice el poema, que es como podemos imaginar que suena la celebración del tú, el

descubrimiento del otro que atraviesa el tiempo y pertenece a la tierra. Este tú que aquí puede ser amante, recoge ese sonido de cacharro de miel, y desde ahí, nos llega, a veces, casi como un atrevimiento que, por un instante, se apropia de otra voz. Ese tú que se va descubriendo con diferentes voces es la llegada al amor entregado en lo que nos rodea del mundo, lo cercano numeroso, lo diminuto que apenas se da al tacto; en todas partes surge el encuentro con lo otro, con el otro, que es justo lo que nos sitúa en un plano ético. El descubrimiento del tú es la llegada de lo bueno. «La longitud de la hoja / que la yema toca / por el haz y el envés / en ese espacio de sabia prieta

// un milímetro // está todo el amor, casi amor, casi // tacto, arrullo, fiereza, convicción / bondad // todo el que fue mi herencia.»

De alguna manera, se concibe aquí que el conocimiento del mundo hay que hacerlo a través de lo sensible, pero además este conocer el mundo pasa por ese tú al que interpela el poema. Ese otro es lo que traspasa la sensibilidad, la percepción de las cosas, y juega con una idea de pequeña verdad, de lo próximo, una verdad no trascendente, que al mismo tiempo franquea la evidencia y va más allá del sentir inmediato. Y es el otro, el tú del poema, quien nos sitúa en un *a priori*, antecediendo a esa percepción de lo verdadero y situándolo en lo universal.

